

misma manera de expresarla. Una alma interior cuando lee sus páginas las saborea al momento, hallando allí lo que tiene en el corazón: lee allí lo mismo que experimenta, y las distingue á primera vista de todas las demas obras de piedad que el espíritu de Dios no ha dictado. ¿De dónde viene, pues, esta unidad de sentimientos y de doctrina en las personas espirituales y en sus escritos? Viene de que las anima el mismo espíritu de Jesucristo y de que todas participan mas ó menos de su interior. La unidad pues, que él pidió para nosotros es el efecto y la consecuencia necesaria de nuestra conformidad interior con él; y esta unidad llega á consumarse cuando la conformidad es tan entera en cada uno, cuanto puede serlo por la fidelidad á la gracia. Verdad es que en cierto sentido esta conformidad de unidad y de caridad no se verificará sino en el cielo; pero Jesucristo quiere que empiece y sea ya bastante adelantada sobre la tierra, pues desea que el mundo conozca por esta señal, que su Padre le ha enviado.

¿No es evidente que Jesucristo tuvo la mira de introducirnos en su interior, ó de comunicarnos su íntimo espíritu, dándonos á comer su carne y á beber su sangre? ¿Podía dar á nuestras almas un alimento mas espiritual, mas propio para divinizarlas? ¿No impedimos el principal efecto de este augusto sacramento cuando solo buscamos en él una devoción efímera, le hacemos servir de pábulo á nuestro amor propio, y no concebimos por él un deseo el mas ardiente de vivir de la vida de Jesucristo? No hay duda: el gran fruto de la comunión es el ponernos en estado de decir con verdad: *Yo vivo, ó mas bien no soy yo el que vivo; sino que Jesucristo vive en mí.* (Galat., II, 20.) ¿No dijo Jesucristo que así como él vive por su Padre, así mismo el que lo come vivirá por él? (Joan., VI, 58.) ¿Qué otra vida es esta sino una vida de gracia, una vida interior, una vida celeste y aproximada á la que llevó Jesucristo sobre la tierra?

CAPITULO LXVII.

VENTAJAS DE IMITAR EL INTERIOR DE JESUCRISTO.

PARA conocer bien las ventajas que nos vienen de imitar el interior de Jesucristo, es menester empezar considerando las ventajas que resultaron al mismo Jesucristo de haber sido lo que fué. No hablo aquí de la union hipostática, beneficio enteramente gratuito concedido á la humanidad santa del Salvador sin que esta lo hubiere merecido ni aun pudiese merecerlo; pues ¿cómo ni por dónde pudiera una criatura merecer semejante gracia? Esta union ha sido el principio de sus méritos y les comunicó un valor infinito. Mas hablando con propiedad, los méritos de Jesucristo resultan de las disposiciones y de los actos libres y voluntarios de su alma; y estas disposiciones y estos actos constituyen lo que yo llamo su interior.

El alma de Jesucristo, por libre ejercicio de su voluntad, ha sido la mas unida á Dios, la mas santa, la mas celosa por la gloria de Dios. Unida á Dios como á su soberano bien, disfrutó en este mundo de toda la felicidad que puede gozarse sobre la tierra. Este es un punto de fe, y cualquiera que haya sido en este mundo la condicion de Jesucristo, es innegable que su felicidad fué sin igual. Imitar, pues, el interior de Jesucristo es acercarse tanto como es posible á la union moral que su alma tuvo con Dios. Los medios son desasirse insensiblemente de las cosas de la tierra, formar en el corazón un vacío que Dios venga á llenar, dedicarse al recogimiento y á la oración, ocuparse habitualmente en Dios ó en los deberes del propio estado teniendo presente á Dios. Con esto el alma se adhiere al bien soberano; lo posee; participa de su beatitud, á medida que va haciendo progresos en la imitación del interior de Jesucristo.

El Interior.

Su alma fué santa, esto es, todo estuvo en ella en un orden perfecto é invariable: la razon dependia enteramente de la gracia; no habia en ella otra pasion que el amor del bien y el odio del mal, y nada ni por dentro ni por fuera le causaba la menor alteracion. Esta alma, pues, se hallaba constituida en una paz imperturbable; era, pues, feliz, porque la felicidad se halla necesariamente donde reinan el orden y la paz. El mismo orden, la misma paz, la propia felicidad reinarán en nosotros si trabajamos en santificarnos, formando nuestro interior por el de Jesucristo.

Su alma fué devorada de celo por la gloria de Dios, no teniendo otro objeto ni otro interes, olvidándose á sí misma y no refiriendo nada á sí. Es evidente por la experiencia, que el amarnos á nosotros mismos y el buscar nuestro propio interes nos hace desgraciados en la tierra. Jesucristo no sintió, pues, tristeza alguna, ni fastidio, ni enfado, ni género alguno de pena que saliese de su propio fondo, ó de retorno sobre sí mismo. Si, pues, á ejemplo suyo nos consagramos á la gloria de Dios, no cuidándonos sino de lo que le interesa y abandonando lo nuestro, ni queriendo ni deseando para nosotros sino lo que sea de su beneplácito, no seremos jamas para nosotros mismos un manantial de tormentos, ni los que de otra parte nos vengan podrán hacernos sufrir, pues nos hallarán siempre tranquilos y sumisos. Pues la verdadera pena del hombre no puede provenir sino de su rebeldía interior contra lo que sufre y por consiguiente de su amor propio. Así, pues, desde que ha sacrificado su amor propio á la gloria y á voluntad de Dios es imposible que sea desgraciado.

Jesús llevó una vida pobre, oscura, laboriosa; mas él la habia elegido, la amaba en sí misma y en sus consecuencias. Pero lo que se ama, por repugnante que sea á la naturaleza, no puede dañar á la felicidad de una alma que se hace superior á la naturaleza misma; antes al contrario contribuye á ella, porque nues-

tra felicidad no depende de los objetos exteriores, sino de nuestras disposiciones con respecto á ellos. Las incomodidades de la pobreza, el desprecio inherente á la oscuridad, las fatigas que acompañan un trabajo asiduo y cotidiano, no impidieron á Jesucristo el ser feliz. Tratemos, pues, de arreglar nuestras disposiciones interiores, y no nos sentiremos inquietados ni por los inconvenientes de la pobreza, ni por el embarazo de las riquezas; no nos afectará ni la consideracion que trae consigo un estado distinguido ni la abyeccion y el olvido en que nos deja una condicion oscura; no gemiremos por vernos condenados á un trabajo penoso y humillante, y aún menos nos gloriaremos por la comodidad que nos procura la libertad de hacer lo que nos place. Todas las condiciones de esta vida nos serán indiferentes, pues no buscaremos en ella nuestra felicidad, que habita en region mas elevada; y si en algunas hallamos mayor atractivo será porque nos acercarán mas á Jesucristo. ¿Es poca ventaja esta que nos asegura la imitacion de su interior?

Mas figurémonos ahora lo peor, y supongamos que consagrándos á imitar el interior de Jesucristo, os exponeis como él á las contradicciones, á la envidia, al odio, á las calumnias; y que esto llega hasta el extremo de las persecuciones, de los maltratos, de la pérdida de los bienes, del honor, de la vida. La sola idea de estas cruces estremece á los cristianos ordinarios; y cuando les carga con ellas la Providencia, es notorio cuán insoportable les parece su peso, cuántas quejas, cuántas murmuraciones, cuántas rebeldías, cuánta indignacion, y hasta cuántas blasfemias; sabido es cuánto se abaten, cómo se angustian, en qué profunda tristeza caen, en qué desesperacion; créense sumidos en el abismo de la desgracia; maldicen su existencia, llaman á la muerte, y mucho es ya que no se la procuren. Mas dadnos una alma muy de antemano ejercitada en imitar la dulzura, la paciencia, el silencio exterior é interior de Jesucristo, y vereis cómo ella conservará la paz del corazon en medio de las mas violentas borrascas, se mantendrá firme á los empujes del viento que la batirán

por todas partes; perdonará sinceramente á los autores de su mal, y no conservará resabio de aspereza ni de resentimiento; antes bien, lejos de afligirse, se regocijará en tener algo que sufrir por Jesucristo; su serenidad asombrará á los que sean testigos de lo que ella sufre y á nadie será posible no reputarla feliz. ¿No son estas unas ventajas verdaderas y sólidas aún para esta vida? ¿Hay cristiano tan enemigo de sí mismo que no desee llegar á un tal grado de virtud? Y ¿por dónde puede á él llegarse? Por la imitación del interior de Jesucristo. Nada digo de las celestiales consolaciones que indemnizan con abundancia al alma de todo cuanto sufre por parte de los hombres. San Pablo atestigua que en medio de sus tribulaciones recibió tantos consuelos que no podía contenerlos, y que de su superabundancia tenia con que sostener y consolar á los demas. ¿Añadiré que la semejanza con Jesucristo llega hasta el punto de infundir una sed insaciable de sufrimientos, deseando siempre mayores, sin los cuales seria insoportable la vida? Tales sentimientos admiramos en un Javier, en una Teresa, en una Magdalena de Pazzi, y en muchos otros. ¿Por qué no hemos de envidiar santamente su felicidad? ¿Por qué no nos ponemos en estado de participar de ella? Aquí no se trata sino de empeñarnos por todos los medios á copiar en nosotros el interior de Jesus. No conocieron ellos otro secreto ni realmente lo hay. ¿Diremos que no tenemos necesidad de ello? ¡Ay! ¿quién puede prever lo que sucederá? Y ¿cuán raras calamidades se desploman á veces de repente sobre nosotros cuando menos lo esperábamos? Nuestra virtud es tan débil, que muy presto agota sus recursos por no haber hecho de ellos suficiente provision. Preparémonos, pues, á todo evento, y el sentimiento de no ser mas interiores es demasiado tardío cuando nos hallamos en la prueba.

Supongo, por fin, que proponiéndonos imitar el interior de Jesus debemos resolvernó á marchar tras él por el estrecho sendero de las penas espirituales, de los tormentos, de la aridez, del abandono, de la agonía. En estas penas llevadas hasta el ex-

tremo ¿no fué feliz Jesucristo? Sí. Bien podia dispensarse de ellas y sin embargo las aceptó; quiso beber y apurar el cáliz que le habia ofrecido su Padre y se escandalizó de que Pedro intentase separarle de él. Podia bajar de la cruz, á ello le provocaban insultándole sus enemigos, y prefirió quedarse y espirar en ella. El que ama una posicion por terrible que sea no se puede llamar desgraciado. Las almas que hacen llegar la imitacion del Salvador hasta seguirle en el Calvario; que como él son sacrificadas, abandonadas de Dios en apariencia, y que mueren ó real ó místicamente en este horroroso abandono, no son para ser compadecidas; guárdanse muy bien de compadecerse á sí mismas ni de querer que se las compadezca; están contentas y gozan de paz en tan cruel situacion. De ella las sacará Dios cuando le plazca; ellas no desean salir aunque durase toda una eternidad. Esto es inconcebible, mas no deja de ser una verdad. La imitacion de Jesus las eleva á tan sublime grado de fortaleza, y les procura la inestimable ventaja de que ni la malicia de los hombres ni la rabia de los demonios ni las mas crudas pruebas por parte de Dios alteran su paz ni disminuyen su felicidad, que ellas ponen como Jesucristo en el cumplimiento de la voluntad de Dios.

Yo solo he hablado de las ventajas que produce para la vida presente la imitacion del interior de Jesucristo; pues las de la vida futura sobrepujan á todo humano pensamiento. Su gloria y felicidad en el cielo ha de medirse por la gloria y la felicidad del mismo Jesucristo; es decir, que cuanta mas conformidad y semejanza habrán tenido estas almas con Jesucristo, tanto mas serán sublimadas en gloria y beatitud sobre el comun de los elegidos. Hay gran número de sitios en la casa del Padre celestial: los mas encumbrados serán sin contradiccion para aquellos cuyo interior se habrá acercado mas al de Jesucristo. El mismo los distribuirá, y no es de temer que se equivoque en el mérito de cada uno.

CAPITULO LXVIII.

FALSAS RAZONES PARA DISPENSARSE DE IMITAR EL INTERIOR
DE JESUCRISTO.

SIENDO la vida interior de Jesucristo la mas solemne condenacion de nuestro orgullo, de nuestro amor propio y de todos los vicios que brotan de estos dos, nada es de admirar que la corrompida naturaleza muestre tanta aversion y repugnancia por semejante vida, que se haga sorda á la propuesta que se le hace de imitarla, y que apure su ingenio en inventar razones para dispensarse de ella. No trato de referirlas todas, porque me alegraria de mi objeto: me limitaré á las principales cuya refutacion destruirá las demas.

Primera razon: puede lograrse la salvacion sin esta imitacion del interior de Jesucristo. Esta razon, tomada en su generalidad, es falsa y está desmentida por muchos pasajes formales del Evangelio. Ténganse presentes los pocos que he reproducidos. ¿Puede tolerarse en boca de un discípulo de Jesucristo el decir que pueda llegar á conseguir la vida eterna sin imitar á su Maestro? ¿No se nos ha dado por modelo? ¿No hizo resonar por dos veces Dios Padre su voz de lo alto de los cielos, para mandarnos que escuchásemos á su Hijo muy amado? De todas sus lecciones, ¿hay una sola por ventura que no tenga por objeto la imitacion de su interior? ¿No es él nuestro médico? Nuestras dolencias ¿no residen en el fondo mas íntimo de nuestra alma? ¿No es allí donde debemos aplicar el remedio? ¿Podemos acaso aspirar á la salud sin la curacion, y curar de otro modo que renunciando á nuestras disposiciones interiores, para imitar las de Jesucristo? Es, pues, evidente que la imitacion de Jesucristo es absolutamente necesaria para la salvacion. Todo lo que puede decirse es que no es necesaria sino hasta cierto punto. Mas ¿quién fijará este punto?

Hé aquí la cuestion capital. No se halla fijado ni en el Evangelio, ni en san Pablo, ni en ningun lugar del Nuevo Testamento. En parte alguna se señalan los límites de la obligacion de copiar en nosotros mismos los sentimientos de Jesucristo. Y ¿será nuestro espíritu, nuestro amor propio, la naturaleza en fin, á quien habremos de consultar sobre este punto? ¿Tiene ella autoridad para decidir un punto de tanta importancia? ¿Está bastante ilustrada para pronunciar sobre tan delicada materia? ¿No está interesada en engañarnos? Y ¿no nos engañará infaliblemente? Y ¿qué! ¿Qué otro objeto tiene toda la moral cristiana sino la reforma de la naturaleza viciada por el pecado? Jesucristo no vino al mundo, ni habló, ni obró, ni sufrió, ni vivió ni murió, en fin, y resucitó despues, sino para llenar este grande objeto. En todo se declaró enemigo de la naturaleza viciada; exigió que se renunciase á ella para seguirle; y ¿será la naturaleza la que se tome por juez para decidir hasta qué grado se ha de llevar esta renuncia y de qué modo se ha de seguir á Jesucristo? No puede concebirse cómo así piensa y habla un cristiano. Sin embargo, no hay medio: preciso es que decida, ó Jesucristo ó la naturaleza; y es indispensable atenerse á la decision del uno ó de la otra.

Pregunto ademas: cuando se dice que uno puede salvarse sin aplicarse á imitar el interior de Jesucristo, ¿se tiene la mas mínima mira en la gloria de Dios? Seguramente que no; piénsase únicamente en el propio interes personal, no se mira la salvacion sino con respecto á sí, y se quiere poner en seguridad á tan poca costa como se pueda. Mas ¿salvareis vos, ¡oh Dios mio! á aquellos que no tendrán el menor deseo de glorificaros, á aquellos que os habrán servido únicamente para sí mismos, mas bien por el temor de perderse que por la esperanza de poseeros? ¿Vuestra gloria no ha de ser nuestro primer fin? Y ¿llegaremos al segundo que es nuestra felicidad, si no nos proponemos el primero? Me adelanto á decir que esto es imposible. Mas ¿cómo puede tenerse por mira la gloria de Dios como principal motivo á me-

nos de entrar en el interior de Jesucristo? ¿No fué esta gloria el alma de todos sus sentimientos? ¿Y estimará en algo los nuestros, si no somos mas ó menos copias vivas de Jesucristo?

Sin esto podemos salvarnos. Mas aún cuando pudiésemos, aún cuando no corriésemos el mas evidente peligro de perdernos, ¿se ha pensado siquiera en el largo y terrible purgatorio por donde pasará una alma que se haya conducido por este principio? Jesucristo no admitirá en el cielo sino aquellos que llevarán los rasgos esenciales de su imágen. Mas si con estos rasgos conservais aún todos los de la naturaleza, el fuego vengador irá á buscarlos en el fondo de vuestra alma para destruirlos; y solo despues de inconcebibles tormentos lograreis ser salvos, en virtud de vuestra semejanza con Jesucristo. ¿No obráis, pues, como insensatos al exponer vuestra salvacion, al poner os en la necesidad de sufrir en el otro mundo largas y crueles penas, para no ocupar al fin en el cielo sino uno de los últimos lugares, y de no gozar jamas una verdadera felicidad sobre la tierra; mientras que consagrándoos á la imitacion de Jesucristo asegurais cuanto es posible vuestra salvacion; os ahorrais del todo, ó á lo menos os abreviais considerablemente las penas del purgatorio, ocupareis un distinguido lugar en la mansion de la gloria, y os procurareis acá en la tierra la paz del corazon y la abundancia de celestiales consuelos?

Segunda razon; para ser un buen cristiano basta observar los mandamientos de Dios y de la Iglesia; no hay necesidad de mas, ni de molestarse para llevar una vida interior conforme con la de Jesucristo. Tal es el lenguaje de los cristianos del siglo, que viven tranquilos en esta persuasion. Los sacerdotes añaden las obligaciones de su estado, como son el oficio divino y los servicios espirituales que deben al prójimo; las personas consagradas á Dios comprenden ademas la observancia de los votos de la religion, y de los principales puntos de su regla. Contestemos á cada uno en pocas palabras.

Los diez mandamientos de Dios pertenecen á la ley natural.

La sola razon nos los impone como un deber, y no basta el ser fieles á ellos para ser cristianos. Los preceptos de la Iglesia no miran sino á la profesion exterior que se hace de pertenecer á ella: son condiciones que ella prescribe á sus hijos para reconocerlos como tales. Para ser un verdadero cristiano es menester tambien creer y practicar la moral de Jesucristo, que es enteramente sobrenatural, y que por cierto va mucho mas adelante que el Decálogo; es preciso tomar el espíritu de Jesucristo, estimar y amar lo que él juzgó digno de su estimacion y de su amor, despreciar y desechar todo aquello á que él manifestó aversion y menosprecio. He dicho ya que no era posible señalar hasta qué punto ha de dominar en nosotros su Espíritu; pero es indispensable que reine en nosotros; y en todo lo que no nos dejamos conducir por él no somos cristianos. La vida del cristiano es una vida de gracia; y el principio de esta vida es necesariamente interior, y sacada de Jesucristo, fuente de toda gracia. La gracia no nos lleva sino á imitar á Jesucristo y cuanto mas fieles le somos, mas nos hace adelantar en esta imitacion. Los sacerdotes, como ministros y representantes de Jesucristo, como consagrados al servicio de los altares, á la administracion de los sacramentos, á la instruccion y á la edificacion de los pueblos, tienen una obligacion especial de parecerse mas perfectamente á Jesucristo. Si desconocen esta obligacion, ó descuidan el cumplirla, si desempeñan su ministerio sin espíritu interior, si se contentan con eximirse de ciertos vicios groseros, y no se dedican á la práctica de lo mas excelente que tienen las virtudes cristianas, son indignos de su carácter; y aún cuando no lo deshonren delante de los hombres, lo deshonran delante de Dios.

Los religiosos, si dejaron al mundo, si hicieron los votos de religion, si se sujetaron á una regla, fué solo para hacerse mas semejantes á Jesucristo, para ponerse en la feliz necesidad de imitarle, para asegurar los medios y remover los obstáculos con el fin de conseguirlo. Cada uno de los institutos se pone el interior de Jesucristo como su principal punto de perfeccion; y

aunque tengan un objeto diferente, los unos la soledad, el silencio, el ayuno de Jesucristo en el desierto, los otros su vida activa y empleada enteramente á la gloria de Dios y al bien espiritual del prójimo, todos, no obstante, tienden al mismo fin, cual es formar en los que los abrazan imágenes fieles de Jesucristo. Cualquier religioso, cualquiera religiosa que no se propone este objeto, que no trabaja para él con todas sus fuerzas, y que no refiere á él sus ejercicios de piedad, sus destinos, las observaciones de la regla, no tiene el espíritu de su instituto, y no cumple con el fin que este se propuso.

Tercera razon: no todo el mundo es llamado á imitar la vida interior de Jesucristo. Decid mas bien que cada uno es llamado á ella segun su estado y la medida de su gracia; mas ¡cuán pocos corresponden á este llamamiento! Dadme un cristiano que no tenga por modelo á Jesucristo. Y si ninguno hay ni puede haber que deje de tener este modelo, convenid en que todos están obligados á imitarlo. ¿No son llamados todos á amarle de todo su corazón, con todo su espíritu, con todas sus fuerzas? ¿Amó de otro modo Jesucristo? Su amor llegó á un punto á que no llegará jamas el nuestro, convengo en ello; pero es menester que el nuestro sea de la misma naturaleza y que tenga las mismas calidades que el suyo. Porque ¿hay nada mas íntimo que el amor? Y ¿el amor de Dios no tiende á dominar sobre todas nuestras afecciones, y subordinarlas como á su principio y á su fin? ¿No son llamados todos á amar al prójimo como á sí mismos por respeto á Dios? Y ¿Jesucristo no manda á sus discípulos amarse los unos á los otros como él nos ha amado? Y reduciéndose el interior de Jesucristo á estos dos amores, y siendo estos los dos grandes preceptos de la nueva ley, ¿no está obligado todo cristiano á asemejarse en su interior á Jesucristo?

De este modo, se replicará, todos los cristianos están obligados á ser santos. Efectivamente; todos están obligados á trabajar para serlo. Tan poco se dudaba de esta verdad en la primitiva Iglesia, que los apóstoles en sus cartas no dan á los cristia-

nos otro nombre que el de santos. Si despues han cambiado las ideas, el cristianismo no ha cambiado de naturaleza. Un santo no es otra cosa que un cristiano perfecto; y ningun cristiano puede, sin faltar á la ley que profesa, fijarse voluntariamente en la imperfeccion.

CAPITULO LXIX.

NO PUEDE ENTRARSE EN EL INTERIOR DE JESUS SINO RENUNCIÁNDOSE

Á SÍ MISMO.

PARA conocer el interior de Jesus preciso es renunciar al propio espíritu; para gustar el interior de Jesus se ha de renunciar á la propia voluntad; para imitar el interior de Jesus es indispensable vivir en la práctica continua de una renuncia universal.

Todo el interior de Jesus estriba en el fundamento de que en él no hubo *yo* humano; sino que la persona del Verbo todo lo ordenaba, todo lo disponia en él, todo se lo atribuia y lo referia á sí; de manera que su alma aunque libre no era mas que el simple instrumento activo ó pasivo de lo que el Verbo le mandaba y operaba en ella, sin poder ni obrar por sí misma, ni hacer reflexion alguna, ni dirigir cosa alguna á sí, ni apropiarse nada. Es preciso de toda necesidad profundizar hasta lo mas hondo de este anonadamiento moral, para conocer la altura inmensa del edificio de virtudes que levantó Dios sobre tal fundamento.

Nos es imposible por nuestra propia inteligencia, es decir, por nuestra manera natural de concebir y juzgar, penetrar hasta el abismo profundo de semejante anonadamiento, formarnos idea de una naturaleza racional despojada de toda propiedad, de toda personalidad; y conservando sin embargo la libertad de sus operaciones, sin que pueda ni quiera decir que son las suyas. La